

Turbulencias en el mundo árabe El escenario sirio

Siria libera a dos centenares de presos políticos islamistas

El gesto no frena las protestas, que contabilizan más de 55 muertos



LUAI BESHARA / AFP

Apoys a El Asad. Un grupo de seguidores del presidente sirio manifestándose ayer por el casco antiguo de Damasco, mientras proseguían los disturbios y disparos en otras localidades del país

TOMÁS ALCOVERRO
Beirut. Corresponsal

El gobierno del presidente Bashar el Asad ha liberado a doscientos sesenta prisioneros políticos, casi todos de tendencia islamista, de la cárcel de Sednaya, localidad próxima a la capital, en una primera reacción a las demandas de los manifestantes, que ayer volvieron a salir a la calle.

Con su estilo cauteloso, el régimen baasista quiere evitar mayores enfrentamientos que exasperen el ánimo de los encolerizados contestatarios de Deraa, víctimas de la violencia de los agentes de seguridad. En el poblado de Tafes, vecino al epicentro de las manifestaciones, fue incendiado otro edificio del partido gubernamental Baas, por participantes en las protestas. En Latakia, también, donde murieron cuatro personas en la manifestación, según anunció la cadena Al Yazira. Y en Deraa los funerales de otras víctimas provocaron una nueva manifestación callejera. Hay un encadenamiento entre actos funerarios y renovadas protestas que a menudo causan nueva violencia. Más de 55 muertos se contabilizan ya, según Amnistía Internacional.

Siria no es Egipto, ni Yemen, ni Bahréin. Si bien hubo convocatorias de manifestaciones difundidas a través de las páginas de Facebook, los primeros que salieron a las calles fueron campesinos pobres, gente sin conexión a internet, provenientes de la región del Huran. Su punto de encuentro son las mezquitas.

En algunas otras localidades, como Baniyas, población portuaria del norte, centenares de personas se manifestaron en contra del cierre de una escuela coránica, reivindicaban la separación de chicos y chicas en las escuelas públicas y pedían la anulación de una ley re-

ciente que prohibía el niqab o velo islámico en los centros académicos de la república. El año pasado fueron despedidas mil maestras que llevaban esta prenda en su trabajo.

En cambio, en oposición a esta tendencia islamista, en Damasco otros

Los manifestantes no piden la dimisión de El Asad, pero queman las sedes del partido oficial

grupos de manifestantes reclamaban la liberación de prisioneros políticos y la libertad de expresión. En el 2005 se firmó la llamada *Carta de Damasco*, en la que la fragmentada y débil oposición laica pactó con la cofradía de los Hermanos Musulmanes –aplastada en

1982 en las ciudades suníes de Hama y Homs, por los soldados del rais Hafez el Asad– un programa de transición política del que al final la organización integrista se desvinculó.

Hasta ahora, a diferencia de Túnez y de Egipto –la guerra tribal de Libia es un tema muy distinto–, los manifestantes no piden la dimisión de Bashar el Asad, aunque despotrican del régimen. Bashar el Asad cuenta con un apoyo popular que no tuvieron ni Ben Ali ni Mubarak. En el 2000 despertó muchas ilusiones de reformas e inició, paso a paso, una paulatina liberación económica con la denominada “economía social de mercado”. La intención era desvincular el Estado dirigista de la sociedad, pero cuidando no perder el equilibrio social. Ha lanzado muchos proyectos en obras de infraestructura, en la industria, en la agricultura, en el turismo. Incluso, con ayuda iraní, se ha comenzado a fabricar un automóvil de marca local, el Cham.

En diez años Siria ha pasado de un sistema de monopolios públicos a una economía de sector privado abierta al mundo. Pero esta política ha agravado las diferencias sociales, ha degradado los sectores públicos de la sanidad y la enseñanza y ha creado un cinturón de miseria en torno a Damasco, donde han brotado también barrios residenciales con lujosos centros comerciales y universidades privadas inalcanzables para la mayoría.

¿Podrá el régimen de Bashar el Asad, el *modernizador* de Siria, garantizar una mínima justicia social en esta nueva economía de mercado? En una década de poder, su gobierno nunca había estado tan amenazado. Sólo con su habilidad para efectuar con urgencia reformas anunciadas a bombo y platillo diez años atrás puede llegar a salvar su régimen.●

REACCIÓN DE LA UE

Ashton, “horrorizada” por la brutal represión

■ La alta representante de la Unión Europea, Catherine Ashton, condenó la “represión brutal” utilizada por las autoridades sirias contra las manifestaciones que se registran en el país y exigió un proceso de reformas democráticas. “Estoy horrorizada y muy preocupada por la situación en Siria”, señaló Ashton. “Se debe detener ya el uso, totalmente inaceptable, de la violencia, y especialmente mediante fuego real”, dijo.

Xavier Batalla



Ira siria

El Baas (Partido Socialista de la Revolución Árabe) fue creado en Damasco en 1947, tres años después de la independencia siria, por el cristiano Michel Aflaq y el suní Salah al Din Bitar, ambos integrantes de la burguesía siria, antioccidentales, anti-soviéticos y partidarios de una “patria árabe”. Eran antibritánicos porque Londres mandaba aún en Iraq, Egipto, Palestina, Jordania y Libia; anti franceses porque Francia administraba Siria y el norte de África; antiespañoles porque España estaba presente en el Rif, y antiestadounidenses por el intervencionismo de Washington en la región.

Los baasistas sólo han gobernado en Iraq y Siria, pero lo han hecho durante mucho tiempo. En Damasco se hicieron con el poder en 1963, aunque no tardaron en dividirse: por una parte, los regionalistas, entre ellos el futuro presidente Hafez el Asad; por otra, los nacionalistas, amigos del panarabismo del egipcio Gamal Abdel Naser. Y tres años después, los regionalistas se impusieron.

Los nuevos dirigentes se aproximaron a la Unión Soviética y establecieron una alianza con la minoría alauí, una rama del chiismo a la que pertenece aproximadamente el 11% de la población siria. La familia del actual presidente, Bashar el Asad, hijo de Hafez el Asad, que en 1970 encabezó un golpe triunfante, pertenece a esta minoría, que en tiempos coloniales fue utilizada por los franceses como fuerza de choque contra la mayoría suní (más del 70% de la población). Para asentar su dominio, El Asad padre seleccionó a los elementos más activos de los alauíes y conso-

Irán ya puede rezar por la suerte del régimen baasista de Damasco, su aliado, en el poder desde 1963

lidó unas relaciones basadas en la lealtad tribal y el reparto del poder político y militar. Un sistema de poder –similar al organizado por Saddam Husein, también baasista, en Iraq– que en 1982 aplastó, con unos 20.000 muertos, la sublevación protagonizada por los Hermanos Musulmanes (suníes) en la ciudad de Hama.

Este régimen empezó a temblar el pasado 15 de marzo. Damasco amaneció tranquilo, pero era *el día de la ira*, una protesta convocada a través de Facebook por diversas organizaciones defensoras de los derechos humanos. Los manifestantes, en torno al centenar, estuvieron a punto de cruzarse con Trinidad Jiménez, ministra de Asuntos Exteriores y de Cooperación española, quien minutos antes había entrado en la mezquita de los Omeyas. Y la inusual protesta acabó con veinticinco detenciones.

El 15 de marzo dio más de sí. El homólogo sirio de Jiménez, Walid Moallem, sorprendió a los periodistas que cubríamos la visita de la ministra al negar que tuviera conocimiento de la condena –dictada dos días antes por un tribunal militar– de un periodista, Ali Abdalah, a tres años de cárcel por haber afirmado que las elecciones presidenciales iraníes del 2009 habían sido “una farsa”. El ministro acabó aceptando lo evidente, pero, ocurren, no se cortó un pelo y anunció “prontas reformas”. Ahora, Irán, que no sabe qué decir mientras tropas saudíes machacan a la mayoría chií en Bahréin, puede rezar también por su aliado sirio.